

Si dejamos momentáneamente en suspenso la lectura romántica que convierte a don Quijote en el paradigma del idealista incomprendido, hay que admitir que, al pobre hidalgo, la lectura no le sienta demasiado bien¹⁵. Para decirlo en pocas palabras, una persona culta, sensible y buena se echa a perder por culpa de los libros –es cierto que el desequilibrio mental aparece aquí como resultado de una megadosis de ficción mal digerida; pero, ¿quién se atreverá a establecer los límites de un consumo «racional»?– está claro que, en su caso, la lectura tiene un efecto nefasto que le lleva a perder la hacienda –dilapidándola en costosos volúmenes– y el juicio –dilapidándolo en interminables noches que emplea «leyendo de claro en claro», 30–. Y no es del todo cierto que el libro despierte en el hidalgo la bella vocación de ayudar al prójimo. De hecho, la primera tentación que siente don Quijote es la de la escritura, es decir, emular por medio de la pluma y el papel las hazañas caballerescas que tanto admira. Más adelante, cuando pasa a la acción y sale a los caminos, la literatura sigue siendo su móvil principal, puesto que sueña con ver sus aventuras inmortalizadas en letra impresa. La vida del hidalgo parece atrapada en una especie de círculo infernal: del libro sale y al libro retorna. Ciñéndonos a una interpretación básica, el libro se perfila como un objeto potencialmente peligroso y destructivo. Podría argüirse, sin embargo, que sólo los géneros englobados dentro de la categoría de «ficción» –libros de caballerías, libros de pastores, romances– constituyen una amenaza real. Es en este punto donde entra en escena, como relevo, Peter Kien.

Peter Kien no sólo no lee novelas, sino que aboga directamente por su prohibición: «el placer que en ocasiones nos ofrecen se paga muy caro: acaban por erosionar el carácter más firme. Aprendemos a identificarnos con todo tipo de personas. Uno le coge el gusto a ese vaivén perpetuo y se confunde con los personajes que le agradan [...]. El Estado debiera prohibir las novelas» (43). Las estanterías de la impresionante biblioteca de este erudito –un reputado sinólogo– están repletas de otro tipo de obras, básicamente de sabiduría oriental, textos taoístas, confucianistas y budistas. Sin embargo, este personaje, a quien su propia conciencia ha puesto a salvo de las peligrosas garras de la ficción y que conoce como nadie los grandes textos sagrados de Oriente, es un ser mezquino y egoísta, un misántropo encerrado en una soledad impermeable, parapetado tras esos 25.000 volúmenes

¹⁵ *Escribe con gran lucidez Martín de Riquer: «Se ha afirmado a veces que don Quijote no estaba loco, o se ha querido generalizar diciendo que todos estamos locos. Con ideas así se pueden escribir maravillosos ensayos [...]. Pero lo cierto es que el protagonista de la novela de Cervantes está rematadamente loco» [1980: XLII].*

a los que nadie más tiene acceso, que se niega a enseñar y a compartir, y que, en un acceso de locura paranoica, decide arder finalmente junto con sus libros. Frente al magnetismo de la letra impresa, las relaciones humanas se tornan innecesarias y fastidiosas. Que erudición no es sinónimo de sabiduría parece ser uno de los muchos corolarios que se desprenden de *Auto de fe*. ¿De qué le sirve a Kien dominar tantas lenguas muertas y vivas, haber leído tantos libros, acumulado tanta cultura, si es incapaz de tender un puente hacia los demás y superar el fracaso de su existencia? ¿Cuál es la diferencia entre Kien y sus odiados «analfabetos» –los excluidos, los no llamados, los que, según él, sufrirán una muerte aún mayor¹⁶–? Kien demuestra en propia carne y de manera irrefutable que los libros son potencialmente peligrosos, todos, tanto los de ficción como los de espiritualidad, tanto las novelas que él proscribió de su biblioteca como los tratados budistas que lee con tanta pasión y cuya doctrina –maravillosa ironía por parte de Canetti– alerta contra el riesgo de escisión entre conocimiento intelectual y vivencia. En su colección de retratos titulada *Cincuenta caracteres*, el autor dibuja con pinceladas expresionistas la figura del «bibliófago», tras la que asoma el perfil igualmente grotesco e hiperbólico de Peter Kien: «El bibliófago lee todos los libros sin distinción, siempre que sean difíciles [...]. A los 17 años tenía ya el mismo aspecto que ahora, a los 47. Cuanto más lee, menos se transforma» (143).

Entonces, ¿para qué la cultura, para qué el libro? Como escribe Vargas Llosa refiriéndose a la irrupción y triunfo del nacionalsocialismo, «si la cultura no sirve para prevenir este género de tragedias históricas, ¿cuál es entonces su función?» [1987: V]. He aquí una reflexión similar a la que plantea, de manera intermitente pero irreductible, toda la trayectoria ensayística de George Steiner, reflexión que obliga a desmantelar el optimismo cultural de la Ilustración dieciochesca y del positivismo decimonónico: «se suponía que el estudio de la literatura implicaba casi necesariamente una fuerza moral. Parecía evidente que la enseñanza y el estudio de los grandes poetas y prosistas no sólo habría de enriquecer el gusto o el estilo sino también la sensibilidad moral» [2000: 82]. Pero el siglo XX ha demostrado que las humanidades no necesariamente «humanizan», pues, como recuerda Steiner, los que torturaban en los campos de exterminio fueron educados para leer a Shakespeare. Terrible paradoja y terrible posibilidad, la del libro como factor desencadenante de fracaso individual y social.

Si consideramos a don Quijote y a Peter Kien como dos casos curiosos –aislados, concretos, no generalizables– de locura libresca, es posible leer

¹⁶ «La muerte nos espera a todos –sentencia–, pero más aún a los analfabetos» (264).

las novelas que protagonizan con una sonrisa en los labios. Ahora bien, si los contemplamos como parábolas de una época que vive bajo el imperio de la palabra impresa –una época que se inicia en la Edad de Oro y que culmina en el delirio editorial del siglo XX–, la sonrisa puede acabar convertida en mueca.

Bibliografía

- AVALLE-ARCE, J.B.: *Don Quijote como forma de vida*, Valencia, Castalia, 1976.
- BASANTA, A.: *Cervantes y la creación de la novela moderna*, Madrid, Anaya, 1992.
- BONNIN, P.: «L'escriptor i la llengua», en CORCOLL, R. y M. SIGUÁN (eds.): *Homenaje a Elias Canetti / Festschrift Elias Canetti*, Barcelona/Kassel, PPU/Reichenberger, 1987, pp. 21-36.
- Camp de l'arpa*, monográfico dedicado a Elias Canetti, núm. 103-104 (sept.-oct. 1982). Con artículos de R. Saladrigas, M. Gras Balaguer, J. C. Cataño, A. González Troyano, L. Izquierdo, M. Lucarda, E. Lynch, L. Maristany y M. R. Barnatán.
- CANETTI, E.: *Cincuenta caracteres (El testigo oidor)*, Barcelona, Labor, 1977.
- *La lengua absuelta. Autorretrato de infancia*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981.
- *La conciencia de las palabras*, México, FCE, 1981.
- *La antorcha al oído. Historia de una vida, 1921-1931*, Barcelona, Muchnik, 1982.
- *El juego de ojos. Historia de mi vida, 1931-1937*, Barcelona, Muchnik Editores, 1985.
- *Auto de fe*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1987.
- *Apuntes 1973-1984*, Barcelona, Círculo de Lectores, Galaxia Gutenberg, 2000.
- *Masa y poder*, Barcelona, Muchnik Editores, 2000.
- CARDONA, A.: «Estudio especial del mundo novelesco en *Die Blendung*», en CORCOLL, R. y M. SIGUÁN (eds.): *Homenaje a Elias Canetti / Festschrift Elias Canetti*, Barcelona/Kassel, PPU/Reichenberger, 1987, pp. 75-139.
- CASTRO, A.: «La palabra escrita y el *Quijote*», en *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1967, pp. 292-324.
- CERVANTES, M. DE: *Don Quijote de la Mancha*, ed. de M. DE RIQUER, Barcelona, Planeta, 1980.
- *Don Quijote de la Mancha*, ed. de F. RICO, Barcelona, Crítica, 1998.
- FUENTES, C.: *Cervantes o la crítica de la lectura*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1983.
- IFFLAND, J.: «Don Quijote dentro de la "Galaxia Gutenberg" (reflexiones sobre Cervantes y la cultura tipográfica)», *Journal of Hispanic Philology*, 14 (1989), pp. 23-41.
- LLOVET, J.: «Elías Canetti», en J. LLOVET (ed.), *Lecciones de Literatura Universal*, Barcelona, Cátedra y Institut d'Humanitats de Barcelona, 1995, pp. 1071-1080.

- MÁRQUEZ VILLANUEVA, F.: *Personajes y temas del Quijote*, Madrid, Taurus, 1975.
- MCLUHAN, M.: *La galaxia Gutenberg. Génesis del «Homo typographicus»*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1993.
- MUCHNIK, M.: «Formación ética, formación literaria. Los primeros años de Elías Canetti», en E. CANETTI, *Auto de fe*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1987, pp. 491-497.
- *Lo peor no son los autores. Autobiografía editorial*, Madrid, Mario Muchnik, 1999.
- PREDMORE, R. L.: *El mundo del Quijote*, Madrid, Ínsula, 1958.
- STEINER, G.: *Errata. Una vida a examen*, Barcelona, Proa, 1999.
- «¿El ocaso de las humanidades?», *Revista de Occidente*, 223 (diciembre 1999), pp. 132-158.
- *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Barcelona, Gedisa, 2000².
- *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Barcelona, Gedisa, 2001.
- VARGAS LLOSA, M.: «Una pesadilla realista», en E. CANETTI, *Auto de fe*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1987, pp. III-VIII.
- VV.AA.: *Custodio de la metamorfosis. Homenaje a Elías Canetti en su 80º aniversario* (ed. de Mario Muchnik), Barcelona, Muchnik Editores, 1985.

